

El quemao

POR MARILYN DIÉGUEZ PINTO

¿Cómo se les ocurre que, aún con la carne doliente y la vergüenza en el pecho, podría mirarles a los ojos?

Como al cuarto día, después de aquel fin de semana en donde celebramos juntos, le vimos llegar al puesto de trabajo. No le pedimos explicaciones ni él las dio a pesar de todas las inquietudes que nos asaltaron durante su ausencia imprevista; no recibimos una sola llamada en todos esos días, a nosotros, sus amigos del alma. Cuando lo vimos apenas nos habló y evitaba las miradas. De su cuerpo emanaba un raro olor, similar al de la carne asada o caucho quemado.

Joaquín venía de campamento luego de cinco días de trabajar de sol a sol, sin mujeres ni tragos, sin un buen baño y, menos aún, descanso adecuado. Se dormía en catres, cuando no en tablones, dentro una tienda de campaña. Había hablado con su mujer en una ocasión y no llegó a comprometerse con nada a pesar de toda su presión inquisidora. Él sabía como escabullirse de interrogatorios al estilo Gestapo; era un día de pago, y todos sus amigos estaríamos en *El rincón de lo nuestro* después del trabajo.

Llegamos temprano al lugar de siempre y nos ubicamos en nuestro sector. ¡Que nadie jodiera! Nuestras mujeres ya estaban acostumbradas; a estas alturas no nos iban a cambiar las vidas. La mujer de Joaquín le había compartido, en aquella ocasión que hablaron, sobre los planes hechos comunes para el viernes cuando regresara de campamento. Ella quería ir de compras y hacer supermercado; faltaban cosas en casa, le había dicho. Le pidió, primero

sumisa y luego con determinación—casi amenazante, que no se perdiera, que llegase temprano, que tenía planes para compartir con él. De conocerlo tan bien pudo decirle, adelantándose a sus acciones:

—¡Ojo, cuidado con desviarte con tu amigo te René!; él se encuentra en dirección contraria a la nuestra. ¡No te busques problemas conmigo, “papito”!—. Como si Joaquín no lo supiera.

El día llegó a su fin y en el campamento recogimos todos los cachivaches, las herramientas y dejamos “libre” el frente de trabajo. El lunes será otro día y otra cuadrilla vendrá a seguir los trabajos. Tengo prisa, mas no me ha valido apurar las manecillas del reloj de tanto verlas girar. He quedado con los muchachos y si se me adelantan demasiado estaré fuera de la jugada, ellos alegres y yo en na’. Me podrían llevar varios tragos por delante. ¡Cómo si no los conociera! Llamé a René para conocer sus coordenadas, y me dijo que estaba haciendo supermercado con su mujer.

—¡Qué bien, te felicito!, fue mi única respuesta.

Joaquín no debe demorar, son casi las cinco de la tarde, ya debería estar aquí, intercambian entre si los amigos que lo esperan. En eso, un Joaquín limpio y sonriente se acerca al grupo de amigos saludando y comentando las últimas novedades del campamento; busca conocer también las de los otros dos que ya habían empezado sin él, los intercambios, los tragos, las novedades y hasta algunas nuevas amistades. Entre cuentos, chistes y risas, bajan tragos, salen a bailar, intercambian coqueteos con algunas “*gualcitas*” y regresan a la mesa sin percatarse del transcurrir del tiempo.

En la memoria de Joaquín, las palabras de su mujer fueron atacadas por el virus cibernético “*alcoholicus desmemoriatu*”, que las borró sin contemplación. Se relaja plenamente... piensa: merecido inicio de fin de semana, luego de toda una semana en la montaña, retirado, sin

tragos, sin mujer, sin nada... sólo trabajo de sol a sol. ¿Sol?

—Pero, ¿qué es esa luz que más nos ilumina? ¿Es el sol? ¿Ya amaneció? ¡Chuzo, tengo que ir pa'mi casa, mi mujer me'stá esperando! Ella comprenderá, piensa; debo llevarle algún regalito... ¡Qué bien que es sábado; podré descansar del estropeo que deja otro campamento!

Entre tanto, en su casa, su mujer no ha dormido; ha pasado la noche de un lado para otro, mientras tomaba varias tazas de té una tras otra.

—Esta vez me las pagará, repetía para sí misma.

A medida que pasaban las horas se sentía más furiosa; en algún momento pasó por su mente la duda de que algo malo le habría ocurrido a Joaquín pero, de inmediato descartó tan fatídica idea. Mala hierba nunca muere, se decía; seguro está chupando con sus amigotes. La tetera, de varios litros, permanecía sobre la estufa, llena de agua caliente. Ella se entretenía reponiendo el agua consumida en cada té. Perdió la cuenta de la cantidad de tazas que había bebido; sólo era conciente de rellenar la tetera para compartir el té si fuera el caso.

Joaquín tarareaba la última canción escuchada y bailada; llevaba mucho alcohol recorriendo las venas cuando entró en su casa, confiado. ¡Qué bien, es sábado, podré dormir hasta tarde!, le parece recordar aquellos pensamientos antes que se le borrara la cinta, los registros. Lo último que persiste en su mente, de aquella madrugada en casa es un dolor ardiente por todo su abdomen y un asqueroso olor a pelo, cuero y carne quemados.

MARILYN DIÉGUEZ PINTO. Doctora en Ciencias (Ecología) por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Obras: **POEMAS QUE PARECEN AMOR... AMOR QUE PARECE POEMA** (2003); **AROMA DE ROSAS Y ALMENDRAS** (2005); **ENTRE LA MAGIA PERDIDA Y LA REALIDAD MÁGICA** (2007); **VASOS COMUNICANTES** (2007); **AMOR EN LA DESESPERANZA** (2007).

Miedo en el corazón

POR PEDRO CRENES CASTRO

Panameño residente en Madrid

¡No te asomes que da miedo!

Mamá me lo advirtió justo cuando solté su mano, nada más entrar, y mi corazón estallaba de alegría al estar por fin allí, en La Gran Feria de Panamá. Fuimos caminando desde la casa de mi abuela Carmen, a la que acabábamos de mudarnos, y ella estaba en el balcón despidiéndonos, tengan cuidado, decía siempre, y allí en la Feria nos esperaban mi tía Gaby y mi primo Carlitos al que llamaba así por costumbre aunque fuese a cumplir trece. Yo quería ser como él, libre, rebelde y valiente. Sobre todo valiente.

Había de todo en aquella feria itinerante que la Coca-Cola estaba montando en todas las fiestas patronales de cierto nivel en Panamá y por fin, para los Carnavales, la trajeron a la Capital. Caballitos brillantes, "carros locos" que se chocaban unos contra otros mientras sus ocupantes se reían a carcajada limpia, la noria, desafiante y tentadora para amantes sedientos de besos románticos y manoseos aéreos, y la gran atracción de aquel año 78, "El huracán", a la que sólo podían montar los que tenían diez o más. Yo casi los tenía pero a mamá no le gustaban esos aparatos, no se fueran a soltar y tremendo susto, y menudo problema con tú papá, el muy sin vergüenza que se fue con la tipa esa y ¡que no!, me decía por el camino y de la mano y le dejé de insistir con lo de "El huracán" y llegamos a la feria y solté la mano de mamá y su advertencia me reveló el terror.